

## PRÓLOGO

El año 1982 en España fue, sin duda, el año de Naranjito y de Verano Azul. No obstante, tras la desastrosa actuación del equipo nacional de fútbol y la muerte de Chanquete, que lograron conmocionar a todo un país, en octubre de ese mismo año ocurrieron dos importantes acontecimientos que permitirán al lector situarse y comprender mucho mejor el contexto sociocultural en el que se desarrolla "El Congelador".

Por una parte, las elecciones generales del año 82 tuvieron un carácter histórico al conseguir el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) de Felipe González una amplísima mayoría absoluta que fue celebrada en las calles por miles de personas. Por otro lado, mientras el futuro presidente aún no había tomado posesión, el papa Juan Pablo II, conocido como el 'Papa Viajero', nos hizo su primera visita, encontrándose un país volcado que llenó plazas, calles y estadios con cientos de miles de personas durante su semana de estancia. Se iniciaban así, casi a la vez, doce años ininterrumpidos de gobierno socialista y una estrecha relación del Pontífice con España que se prolongaría hasta los últimos días de su papado.

Felipe González y Juan Pablo II, dos iconos de doctrinas casi antagónicas, socialismo e Iglesia, laicismo y religión, que mostraban la gran complejidad social, cultural y política de una España en plena transición que, tras años de dictadura, luchaba por avanzar hacia la libertad con la mirada aún en el pasado más reciente...

En estas circunstancias, "El Congelador" nos traslada a un pequeño municipio rural perdido en la provincia de Almería en el que se hacen evidentes, a través de sus diferentes personajes, todas estas formas de pensamiento que coexistían en aquella época en nuestro país. Es tan genial la caracterización que el pueblo no necesita siquiera tener un nombre. O mejor aún, podría tenerlos todos, lo cual permite situarlo lo más cerca posible del público sin más que conocer, por enterrar al difunto, los nombres de algunos curas de los pueblos colindantes.

La acción se desarrolla íntegramente en la única taberna del pueblo. Cuando la peculiar pareja formada por Simón, el tabernero, y su mujer, Dolores, deciden invertir sus ahorros en comprar un congelador de importantes dimensiones, nunca pudieron imaginar lo que el destino les tenía preparado. Junto al habitual de la taberna, Nicolás, que permanece en escena casi el mismo tiempo que el atrezo, los personajes conducen el desarrollo de la trama con algunas de las escenas más hilarantes de la obra y diálogos que a veces rozan lo surrealista. Valga por ejemplo cómo, con el apoyo de las esporádicas apariciones de Josefa, la cartera, al principio de cada acto, sitúan al espectador, de una manera jocosa y entretenida, en el transcurso de los acontecimientos conforme éstos avanzan.

Sin embargo, la obra está repleta de otros personajes auténticos, minuciosamente estudiados por el autor, y de una naturaleza propia, hechos a medida para dar cabida a esa gran diversidad de pensamientos culturales y políticos a los que aludíamos.

De una parte, el párroco, don Lucas, gran apasionado de su labor como guía espiritual del pueblo, y que ve frustrada su vocación con la caída del martirologio de su patrón, San Cucufato. Esta circunstancia (noticia real que en palabras del autor supuso el germen de "El Congelador"), obliga al sacerdote a ponerse en huelga, precipitando así los disparatados acontecimientos que se suceden con posterioridad. Y junto a él, doña Virtudes, la beata del pueblo, ferviente devota de San Cucufato o, en su defecto, de todas las vírgenes que puedan dar categoría al pueblo, representan de una manera cómica y a veces delirante, pero sin caer nunca en la burla ni el despropósito, la faceta profundamente religiosa.

Por otra parte, los papeles del alcalde y su secretaria ofrecen, con diálogos y expresiones no faltos de cierta sorna, un rancio reflejo de una ideología política totalitaria, vinculada a la Iglesia y que encuentra aún dificultades para conciliarse con el espíritu democrático que requerían aquellos tiempos de cambio. Sin embargo, el personaje del alcalde puede ser entendido aún hoy día como la crítica a una clase política acomodada, conformista y falta de ideas e ideales, capaces de cualquier cosa por mantenerse en el poder.

En contraposición con todo lo anterior aparecen dos grandes personajes femeninos de la obra. De una parte, el papel de lo novedoso, lo moderno, los nuevos pensamientos importados de Europa que se reflejan en Luisa, la prima de Barcelona, que parece haber viajado en el tiempo tres siglos atrás para llegar a ese pueblo con su difunto padre. Sus reflexiones y actuaciones, fuera de lo

habitual, provocan que se precipiten los delirantes acontecimientos posteriores que rompen con la monotonía de unos paisanos sumidos en el profundo letargo de la mediocridad de lo corriente. Y por otro lado, Margarita, la maestra comunista del pueblo. El autor las utiliza perfectamente como contraposición a ese tradicionalismo cultural y religioso tan arraigado en los municipios rurales de aquella época y para lanzar dardos mordaces al enfrentamiento entre las dos grandes ideologías políticas radicalmente enfrentadas por aquel entonces, invitando a la reflexión sobre la sinrazón de determinados comportamientos.

La obra se desarrolla en tres actos, separados por la inteligente inclusión de unos anuncios publicitarios que muestran también la importancia que los medios de comunicación, y en especial la televisión, empezaban a adquirir en los hogares españoles de la época. Esta manifestación alcanza su máxima expresión en la crónica de una periodista que sirve como desenlace, y con la que el autor consigue cerrar, de manera magistral, el difícil entramado en el que se convierte la obra. Durante estos tres actos, el frenético desarrollo de la trama provoca que en determinados momentos se den cita sobre el escenario hasta ocho personajes simultáneamente, lo cual requiere de una puesta en escena cuidadosamente preparada que llena de dinamismo el devenir de los acontecimientos.

Al más puro estilo Berlanga, el autor, Juan Montenegro, ha conseguido hacer de "El Congelador" una mordaz y ácida ironía sobre la situación social, cultural y política de aquella época. La credibilidad de sus personajes, rozando en ocasiones la caricatura, los diálogos poco explícitos pero de inteligente contralectura, las numerosas situaciones donde se mezclan lo solemne y lo ridículo, y un ritmo trepidante pero pausado en sus tiempos (como ocurre todo en los pueblos), otorgan a la obra los ingredientes necesarios para convertirla en una atrevida comedia de autor que no pasará desapercibida a ningún amante del teatro.

Paco Benjumeda Muñoz